

Tenía una corpulencia superior para su edad; pero si bien á primera vista se le podían echar dos ó tres años más, deteniéndose á mirar su cara, se notaba que aún era niño. Con otros padres hubiera sido hermoso. Y no es que no lo fuera á pesar de todo, sino que habiendo crecido bajo la dura persecucion de la tía, había ido tomando poco á poco el aire triste y sospechoso, que tan mal le cuadraba.

Parecía como que siempre rumiaba alguna cosa mala. El sol del campo le había tostado como á un soldado: era delgado, pero un poco encorvado por el peso de los años que como persona mayor había vivido. Su cabellera espesa, siempre descompuesta y caída sobre la frente, la echaba hácia atrás con ademan vigoroso de la cabeza, como el caballo hace con su crin. Y cuando por casualidad no tenía el disgusto y la amargura que alguna furibunda riña de su tía le cansara, sus ojos resplandecían de dulzura, y sus labios gruesos y rojos se entreabrían para dar paso á una sonrisa entre afectuosa y melancólica, que resaltaba como más cariñosa en aquella fisonomía resentida y casi salvaje. Tenía las dos manos grandes siempre guardadas, y se avergonzaba de su manera de vestir, porque nada sabía ponerse: la ropa se le quedaba hecha sacos, marchándosele por todas partes.

VII.

Furio, suplicado una y mil veces por Cándida, consintió en ir á almorzar con los demás.

—Ánimo Furio—le decía la hermana mientras andaban, acariciándole—límpiame bien los ojos, que nadie se aperciba de nada, y no te sobrecojas porque la cuñada esté delante, que es una mujer buena, que te quiere; y no te fijas en la tía.

Pero Furio, á medida que se iba acercando á la quinta, le faltaba corazón, como si fuera á sufrir el tormento. Cuando todos estaban ya á la mesa, se sentó sin mirar á nadie y comenzó á comer con la vista baja. Hablaban del hermanastro. Su padre interrogaba á Iris sobre un cierto proyecto de puente, que ella jamás había oído nombrar siquiera. La tía le preguntó cuándo llegaría su hermano, á lo cual contestó que llegaría dentro de tres días. Entraron en otros discursos, é Iris empezó á hablar, casi siempre sola.

Furio, con los ojos sobre el plato, no moviénd-

dose sino cuando era preciso para comer, la oía con plena atención y como maravillado; tenía una singular manera de hablar, á veces se le oía una vocécita de niña, lenta y suave; á veces hablaba liso y redondo como un soldado; era un discurrir á saltos, con variaciones de tono, alegre unas veces, otras sério, otras contrariado, y luego sin precedente ciertas risotadas imprevistas y sonoras que nadie podía colegir á qué venían; ciertos movimientos, el encojarse de espaldas, los golpes que descargaba sobre la mesa, hacía pensar que tuviese dentro de sí azogue, y que cruzasen por su cerebro cien caprichos por minuto.

Cuando estaban para terminar, Furio, un poco animado porque le habían dejado en paz hasta entonces, se resolvió á mirar á su cuñada. Empezó por lanzar la vista hácia adelante, hasta llegar á verle las manos; eran pequeñas y blancas como las manos de una niña; luego se rehizo aún más, y levantó la mirada... ¡Cielos, qué ángel!

—No creía que fuese ya tan grande—indicó la señora aludiendo á Furio.

Este sintió escalofríos y bajó la cabeza; todos, excepto Cándida, clavaron sobre él su mirada.

—¡Oh, en cuanto á largo, lo es!—dijo el padre que le miraba con aire de compasión.

—Las malas yerbas crecen—añadió la tía.

Furio estaba encendido como una fresa.

—¡Y qué moreno es!—observó Iris.

—¡Moreno?—respondió la tía—¡vaya un moreno! Negro como un beduino.

El padre se sonrió, Cándida se levantó.

Furio, con el entrecejo fruncido y el lábio apretado contra los dientes, miraba las puntas de su tenedor.

—¡Y mirad qué manos!—dijo aún la tía, cogiéndole una para enseñársela á Iris.

Furio se puso pálido, apretó el puño y se desasí bruscamente.

—¡Eh!—gritó la tía, levantando una mano; Furio se libró la cara con el brazo; la mano cayó, y Cándida la detuvo; en esto se oyó fuera el rumor de un carruaje y el sonido de una voz.

—¡Riconovaldo!—exclamó Iris saltando en pié. Ya estaba Riconovaldo en el salón; todos, excepto Cándida, corrieron á su encuentro. La hermosa y serena figura de aquel jóven ejercitaba tal fascinación, que la primera vez que se le veía, aun siendo el padre ó la tía, por lo general duros y frios, hicieron movimientos de alegría. Iris le saltó al cuello, y Furio, aún turbado por completo, le apretó la mano.

—¡Y Cándida?—preguntó el jóven, mirando alrededor.

Cándida se le presentó, alargándole la mano con indiferencia.

VIII.

Furio no había visto jamás tan de cerca una señora más guapa; muchachas jóvenes, sí, de paso; y luego, que sobre los muchachos de su edad, las jovencitas no hacen mucha impresion, porque todavía no les parecen mujeres; las señoras, por el contrario, á la vez que toda la gracia femenina, tienen para ellos la fascinacion de una reina. Furio paseaba pensativo por el jardin. Siempre tenía delante de sí aquella cara y aquellos dos ojos grandes y celestes que se habían encontrado con los suyos.—¡Qué hermosa señora!—decía á media voz y con el tono de quien hace un cumplimento. Luego reía, repitiendo las palabras y acentos de ella, que tanto le habían impresionado, y añadía:—¡Es singular!—Las hojas se arremolinaban y le parecía sentir á sus espaldas el roce del vestido de Iris. Al salir de la quinta, había pasado casi rozándole y sintió un ligero perfume, pareciéndole

le que aquel perfume hubiera venido detrás acompañándole. Se sentó á la sombra de un árbol y dijo en voz baja, casi sin advertirlo:—Madre mia.—De repente se preguntó cómo se le había venido á la boca aquella palabra, y él mismo se contestó:—Si... si esa fuese mi madre...—Siguió pensando un momento, maravillándose de encontrar poco gusto en aquel pensamiento, si bien Iris, que tenía próximamente treinta años, habría podido muy bien ser madre de él, que no tenía más que catorce. Luego se iba á pensar qué feliz hubiera sido si Iris le hubiese querido como un hermano; pero era imposible.—Si una vez estuviese en peligro, por ejemplo, que se cayese en el lago (al extremo de la posesion había un lago) y yo la salvase la vida. Se echó á reir y añadió:

—¡Pero por qué había de caerse en el lago?—Pensaba como en una cosa extraña que Iris tenía su marido, el cual era hermanastro suyo, y que no era guapo.—¡La manda?—Se preguntó á sí mismo con gran curiosidad. Poniéndose á fantasear qué cosas se dirían cuando estuvieran solos; qué respondería ella á las caricias que su marido le hiciese.

A su lado había una flor del campo alta y derecha; el viento la doblaba unas veces suavemente; otras, sin doblarla, la sacudía como si fuera una persona inquieta. Furio la observó y dijo:—Pare-

ce Iris.—Luego, extendiendo los brazos y doblando sus rodillas, quiso ver su cara en un arroyuelo que pasaba por allí. Levantó la cabeza, miró una de sus manos por encima y por debajo, y lanzó un suspiro. De repente se puso en pié y se echó á correr por los campos.

IX.

Iris y su hermano estaban en el comedor solos; él, sentado cerca de la ventana, de modo que se veía su cabeza desde el jardín.

—Es original aquella Cándida—decía Riconovaldo—tiene algo de su tía; ¿viste cómo me recibió? La misma escena que el año pasado.

—¿Le habías tú hecho algo?—preguntó su hermana.

—Nada; estuve aquí diez días y no la hablé más que tres ó cuatro veces; se ve que no le soy simpático y que no congeniamos.

—¡Quisiera verlo!—respondió Iris sonriendo.

En tal punto entró Cándida con la labor en la mano, yendo á sentarse al lado de Iris sin levantar la vista. Esta y su hermano cambiaron una mirada. Riconovaldo estaba en pié, apoyado en la mesa y á un paso de la silla de Cándida.

Le preguntó qué hacía; ella, sin levantar los ojos, alargó el bordado.

—¿Todo el día os estais en casa?—volvió á preguntar el jóven despues de haber echado una mirada á la labor.

—Casi—replicó Cándida.

—Paseareis por la noche; el jardin está hermosísimo: ¿vais á pasear todos juntos ó vas sola? Me imagino que conoceréis á alguno de las cercanías.

—En otro tiempo; ahora todos se han cambiado, y no conocemos á nadie.

—¿A nadie? ¿Y cómo te pasas todo el día? Te ocuparás mucho de las flores; he visto que tienes la terraza llena de ellas.

—Sí.

—Sí, en efecto, las flores...

Iris se apercibió de que su hermano, por la frialdad de la conversacion, iba á soltar un cumplimiento de mal gusto, y lo impidió con una mirada.

Entonces, cogiendo un banquillo, lo puso delante de Cándida, y se sentó de suerte que su cabeza venía á estar un poco más elevada que las rodillas de ella, y si bien ella podía todavía no mirarle, lo que no podía ya era no verle, porque venía á tener su frente como á un palmo de las manos. Cándida contrajo ligeramente el entrecejo.

—Esta noche nos llevarás á ver el jardin, ¿no es así?—preguntó el jóven—vendrás á dar una vuelta con nosotros.

—Si os gusta á vosotros—respondió ella.

—Iremos; ¿no os agrada?

Cándida no respondió.

—¿Sí ó no?

—Sí.

Riconovaldo miró á su hermana, como diciéndole:—¿lo ves? ¿No tenía razon al decir que no me puede ver?

Enseguida, fingiendo querer mirar de cerca el bordado, bajó la cabeza de modo que sus hermosos rizos rubios tocaron las manos de Cándida. Ella las retiró de repente é hizo ademan de levantarse.

—¿Te vas?—preguntó el jóven sorprendido.

—No—respondió—solamente quería levantarme—y volvió á sentarse, echando hácia atrás la silla.

En aquel momento, un golpe de viento se llevó de encima de la ventana el pañuelo de Iris, arrastrándolo hasta el jardin; ella no lo advirtió.

—¿Te fastidio, Cándida?—preguntó con afectada dulzura Riconovaldo.

—¿Por qué fastidiarme?—respondió Cándida como distraida—...jamás me aburro cuando trabajo.

—Temía... ¿Te desagradaría si tocase?

—No hay motivo para ello.

—Lo que yo deseo es estar seguro de que te agrada.

—Pues bien, sí, me gusta.

El jóven se levantó despechado, fué á sentarse al piano, que estaba en un rincón del saloncito, comenzando á tocar con mucha viveza y con mucha gracia.

Iris miraba á Cándida por ver qué efecto le hacía la música; pero su cara estaba siempre impasible; continuaba trabajando con la cabeza baja sin dar señales de oír. De repente, Riconovaldo se detiene, se vuelve á mirarla, dá un golpe furioso sobre el teclado, y se levantó exclamando: —¡Es una indignidad este piano!

—Con vuestro permiso—dijo entonces Cándida—y se fué lentamente con la misma frialdad con que había venido.

El jóven se quedó en medio del salón con los brazos cruzados sobre el pecho y con los ojos fijos en la puerta por donde Cándida había salido. Iris estalló en un golpe de risa.

—En verdad—acertó á decir el hermano—y no entiendo una palabra.

Luego cruzó por su imaginación una idea.—¡Que yo le parezca un estúpido!—Y se quedó pensativo: una vez con esta sospecha en la cabeza, para él había concluido. Adios serenidad.

—He perdido mi pañuelo—dijo Iris mirando alrededor.—Corrió á la ventana, miró hácia fuera y ya no estaba.

X.

Furio no volvió á casa hasta la hora de comer. La escena dolorosa que por la mañana había ocurrido en la mesa le tenía lleno de amargura, y aun más que ésta, le duraba la vergüenza; pero sin embargo, él tenía en su cara alguna mayor serenidad, y Cándida, fijándose, lo apercibió y se alegró secretamente. La comida pasó sin dar margen á graves accidentes. Solamente Riconovaldo, que estaba inmediato, de cuando en cuando le golpeaba con la mano sobre la espalda, diciéndole: —¡Está bien, jovencillo?—Y entonces todos se echaban encima, y él por su parte hubiera querido hundirse en los abismos; el jóven, sin embargo, viéndole ponerse encendido y confundirse, piadosamente iba separando el discurso, y con el discurso los ojos rabiosos de la tía. Iris era muy viva, y habló mucho de muchas cosas; especialmente de ciertas intrigas de familia de conocidos suyos, con una libertad de observaciones y de pa-

labras, que más de una vez hizo torcer la boca á su hermano, arrugar la frente á Cándida y arquear las cejas á la tía. Dos ó tres veces el padre, hablando con ella, sacó la conversacion sobre su marido; pero ella la dejó pronto, con una extrema indiferencia. Cuando se levantaron de la mesa, tenía la cara encendida como una rosa.

Llovía; toda la noche se la pasaron en el saloncito. Furio, medio escondido en un rincon, á lo oscuro, podía mirar bien á su cuñada sin ser visto, y se aprovechó toda la velada; no separó los ojos de encima, y cada vez más maravillado de aquella manera de hablar y de aquellos modos suyos, tan distintos de todo lo que él había podido imaginar en una señora. Era alta, derecha, ligera como una figura de arcángel. A veces se levantaba de repente, atravesaba el salon con el paso muy lento y la cabeza erguida, moviendo los hombros con cierto aire de abandono, pero altanero, que la asemejaba á una reina caprichosa. Si no encontraba lo que buscaba, se mordía la punta de un dedo, cruzaba los brazos sobre el pecho, le entraba como una convulsion nerviosa, como si fuera una niña llena de ira. Hacía de cuando en cuando un sonido raro con los labios, como solía hacerlo Furio en la escuela para hacer rabiar al maestro. A ratos, durante su trabajo, entornaba los ojos, y con el lábio superior saliente daba una expresion de desprecio; luego prorumpía en so-

nora risotada, apercibiéndose de haber bostezado en su trabajo, y para reir echaba hácia atrás la cabeza, como si alguno tirase de ella.

Era blanquísimo su cutis, los labios los tenía salientes y sonrosados, cuyo color contrastaba constantemente con los dientes. Su hermano tenía un perrito; ella de cuando en cuando le apretaba el hocico con una mano, é inclinándose como para mirarlo en los ojos, le decía con los dientes apretados:—¡Querido!

El padre leía su periódico, y la tía hacía calceta. Cándida tenía siempre el libro entre las manos sin levantar la vista; todos, excepto Furio, estaban sentados alrededor de la mesa grande, iluminados por una sola luz. Aquellos dos jóvenes hermosos, hacían, colocados en medio de las demás figuras, el efecto que á primera vista hacen en el estudio de un escultor dos estatuas hermosas y acabadas, entre muchos bocetos de barro.

—No hay duda—decía para sí Riconovaldo, mirando de soslayo á Cándida—es así:—y la imagen de aquel fantasma de que había hablado á su ama de casa, le bailaba delante con una persistencia despiadada.—¡Oh, se lo haré ver! ¡Estúpido del todo no lo soy, voto á Dios!—Cogió un periódico, lo recorrió, leyó dos ó tres líneas de un artículo en que se hablaba de los Institutos de educacion, y comenzó á decir con el acento del que propone una cuestion:

—Yo creo que niños y niñas se deberían educar juntos; ir á la escuela, estudiar, divertirse siempre juntos, en confusion, como si la diferencia del sexo no existiera.

—¡Cómo!—exclamaron á la vez los dos viejos, con los ojos desencajados.

—Seguro—respondió él, y luego para sí:—Ahora es la ocasion de hacerla ver que no eres el que parece.—De seguro; pero para comprender este principio es preciso entender los muchachos, si nó, es inútil; y los niños, hay muchos que no los entienden; porque para entenderlos, es preciso estudiarlos; y para estudiarlos, es preciso quererlos; y para quererlos, hace falta tener algo aquí, en el corazon, y muchos no tienen nada. Pero creo, que si frecuentemente hay que lamentarse de que los hombres y las mujeres estén mal juntos, cuando son grandes, es porque no lo han estado de niños. Es bueno esto de tenerles separados en los primeros años con tanto escrúpulo, cuando luego están destinados á pasar la vida unidos. Sucede, que la fuerza que une los unos á los otros, cuando más se la enfrena, más crece; y luego, aflojando la mano, la conjuncion no tiene más remedio que hacerse de un modo violento, y es un mal; como los muchachos, cuando salen del colegio, en un solo mes hacen hasta compensar los diez años de privaciones. Se dice: enviemos los muchachos á la escuela, donde poco á poco aprenden á cono-

cer los hombres, puesto que la escuela es una imágen de la sociedad. ¡Graciosa imágen de la sociedad, si falta el resorte, que es la mujer! Y luego, que si no se coje á tiempo un cierto tinte fino y mórbido en los modales y en el lenguaje que se aprende estando en medio de las mujeres honradas, es difícil que se coja luego; siempre se echará de ver algo de áspero y vulgar. Es preciso aprender pronto á conocer la índole del sexo bello, porque si no despues, mediando la pasion, no se saca nada en limpio; y hombres graves, verdaderos talentos, estamos cansados de ver que hacen con la mujer una figura desgraciada, porque se encuentran como si tuviesen en la mano un misterioso instrumento, sin saber de qué parte hacerle dar vueltas. Para mí, son afortunados todos los que se criaron en medio de un regimiento de primas; todos tienen algo de rendido ó por dentro ó por fuera. Puestos en compañía de las niñas, los muchachos intentarían siempre agradar, sin darse cuenta siquiera de por qué, y poco á poco irían tomando formas corteses, que luego llegan á ser cualidades del ánimo. Aun la misma libertad desenfrenada en el hablar, que luego pasa á ser costumbre que no se pierde, creo yo que se corregiría así, y sería un gran bien. Fijaos tambien en un niño de ocho años, cuando está con una niña de siete; de seguida se despierta en él un cierto sentimiento de superioridad protectorá, que le dá as-

pecto de generoso y le enorgullece. Así, para mí no hay nada más entrañable que el aire de señorita sábia que toma una niña cuando pasea del brazo con un muchacho de su edad. En el uno como en el otro sentimiento hay un germen de virtud, que cuanto antes florece, mejor. Y precisamente de esta suerte, creo yo que se retarda el progreso de ciertas ideas, porque la imaginación sola devora el camino enseguida, y el muchacho que fantasea la mujer por sí, de diez veces nueve la marchita. Educación común: yo soy de este parecer. Luego, siendo grandes, cada uno se aleja; los nombres y las caritas de nuestras compañeras se olvidan; pero en confuso, todas aquellas cabezas rubias se ven; y en medio de las tempestades de la vida, aquellas manecitas nos saludan de lejos. Yo cuando era muchacho golpeé á un pillastre que iba por la calle y era más fuerte que yo, solo porque había tocado un rizo de mi prima, cuando la llevaba á la escuela; os juro que este recuerdo me ha librado de cometer luego semejantes bribonadas. ¿Qué decís á eso?

Se calló y miró á Cándida; pero ésta tanto había bajado la cabeza que no pudo verle la cara.

—Creo que tienes razón—le dijo su hermana, que ni se había fijado en él; la tía se quedó muda; el viejo dejó escapar su acostumbrada sonrisilla de benévolo consentimiento, murmurando:

—Sí... hay algo de verdad.

—¡Furio!—dijo de repente Iris.

Furio se puso en pié.

—Se me han caído las tijeras.

—Aquí están,—dijo Furio alargándoselas. Tenía la cara encendida.

Iris cogió las tijeras, lo miró y dijo para sí:—
¡Es extraño!

—¡Nécio!—añadió la tía que también le miraba.

Y Riconovaldo, pronto:—¡Querido!—y le dió un beso.

De esta suerte los dos viejos apergaminados tocaron su primera derrota.

XI.

A la mañana siguiente, Cándida llamó aparte á su hermano y le dijo con expresion amable:

—¿Por qué te confundés de tal suerte cuando Iris te mira ó te habla? ¿Qué hay para avergonzarse? No, no está bien; quién sabe lo que la harás pensar... La harás pensar que eres malo, porque solo los muchachos malos son los que se avergüenzan. Es preciso que te presentes con un poco más de desenvoltura; es pariente tuya, al fin y al cabo, es tu cuñada y—acentuando las palabras—podría ser tu madre. Y luego que no está bien mirar á las gentes con esa fijeza como si jamás hubieras visto á nadie; tú ayer por la noche, la mirabas así; mientras debieras considerarla como una hermana, con quien siempre hubieras vivido, y portarte con ella como te portas conmigo.

Furio, á quien no pasaba por la mente que su hermana le hubiera leído en el alma, oyó aquellas palabras suyas á la letra, y respondió:

—Sí.

Y luego preguntó ingénuamente:

—¿Pero tú por qué no miras jamás á Ricono-
valdo, y cuando él te habla ni siquiera haces
ademán de oírle?

—Porque...

Mientras Cándida buscaba una respuesta, com-
pareció Iris con un vestido escotado de muselina
blanca, que dejaba ver sus blanquísimas espaldas.
Cándida hizo una señal imperceptible de maravi-
lla y desagrado y miró á Furio. Este vió en con-
fusión alguna cosa blanca y desapareció.

XII.

Algunas horas despues, Iris estaba apoyada en una ventana del comedor con la espalda vuelta al campo, y decía:—¡Pero que no haya manera de desembarazar algo á este muchacho!—En el mismo momento oyó el paso de Furio que bajaba las escaleras, y añade de pronto:

—¡Aquí!

Furio entró corriendo, creyendo que no hubiese nadie; apenas entró, se detuvo.

—Ven acá,—dijo resueltamente Iris, viendo que él se volvía.

Furio la miró estupefacto.

—¡Aquí!—repitió ella con tono jugueton de autoridad.—Furio, poco á poco se acercó.

—Todavía más—añadió Iris sonriendo.

Furio se acercó hasta tocar casi con ella; con la cara encendida, los ojos bajos, el entrecejo fruncido como si estuviera sufriendo; solo una ligera sonrisa se le veía forzada en los labios, al ménos

para no parecer un incorregible huron. Iris le miraba con atencion llena de curiosidad, como queriendo leer en su interior, ya que aquella confusion le comenzaba á parecer extraña en verdad.

—¿Dónde ibas?—le preguntó dulcemente, al cabo de algun minuto, y quitándole una motita blanca que tenía pegada en la manga de la chaqueta.—Furio siguió con atentos ojos y estúpida mirada aquella mano, y luego respondió tímida-mente.

—Al jardin.

—¿Al lago?—preguntó ella nuevamente, como distraida y para dar al diálogo cierto tono familiar—y se inclinó á mirarle la otra manga como si hubiera distinguido una mancha. Furio vió entonces de arriba abajo aquel maravilloso volúmen de cabellos rubios, y respondió con voz poco segura:

—...Al lago.

—¡Pero mírame!—exclamó Iris con alegre viveza:—¿te doy miedo?—

Furio se conmovió y le lanzó una mirada que quería decir cien *no*, francos, sonoros, resueltos; luego volvió á bajar los ojos más confuso que antes.

—¡Oh, qué muchacho tan raro!—prorumpió Iris dando una gran risotada;—y plegando hácia atrás la cabeza y uniendo las manos descubría el

cuello blanco como la nieve y los brazos hermosísimos.

—¿Pero por qué no te peinas nunca?

—...Si me peino!—respondió balbuceando el muchacho.

—¡Pero si siempre traes unas greñas!—añadió Iris, pasándole una mano por la cabeza.—Furio resbaló, plegándose como una vara de junco; su color encendido desapareció.

—¿Y ahora?—preguntó la señora retirando la mano.

—...¿Qué?—murmuró Furio, arreglándose.

—¿Qué tienes?

—...Nada.

—Mira cómo te has puesto la corbata. Si fuera tu madre, necesitaría gran faena para verte siquiera con un poco de garbo. Vaya, mira cómo se hace, quieto un momento: así... así...

Y plegando y replegando la corbata iba repitiendo *así* con una voz delicada, casta y cariñosa, á grandes pausas, como se hace con los niños cuando no se quieren dejar vestir. De pronto quitó las manos y le pregunta:

—¿Pero por qué tiemblos?

—No tiemblo—respondió de prisa el muchacho.

—Sí, estás temblando y te has puesto pálido.

—Yo no.

—Te digo que sí, hijo mio; tú no estás bien,

tienes necesidad de aire, dame el brazo, y vamos á pasear al jardín.

Furio, dudando, le alargó el brazo; la llevó con paso incierto hasta la puerta, y allí el asunto se puso sério: ¿debía él pasar primero, ó ella? ¿ó los dos juntos, cogidos del brazo ó separados? Iris, sonriendo, pasó la primera.—¡Ah! qué caballero este...—exclamó luego, volviendo á cojer su brazo;—vamos, adelante.—Furio, que ya no tenía los ojos de antes, poco á poco se iba haciendo dueño de sí y podía ya con la mente abrazar su felicidad; pero, ¡Santo Dios! apenas dados diez pasos, puso el pié sobre el vestido de Iris: se lo había desgarrado.

—¡Es preciso que mires cómo andas!—exclamó con voz airada y poniéndose encendida.—¡No vuelvo más, vaya!—Y se separó bruscamente del brazo de su caballero; luego volvió hácia él sonriendo, y le dijo:—¡Pobre Furio, qué mal has quedado como caballero galante!—Luego, alargándole la mano, añadió:

—Ven aquí, hagamos las paces.

Furio puso su mano derecha temblorosa en la pequeña de Iris y continuó caminando más embarazado que nunca. Iban por un camino, que tenía á los lados dos setos altos. Iris hizo alguna pregunta al cuñadito respecto de su escuela, á sus ocupaciones, al campo; en fin, las consabidas preguntas que se hacen á un muchacho sin fijarse en

las respuestas; luego, sonriendo, le preguntó de la tía:

—Un poco dura, ¿eh?—y le interrumpió para enseñarle una flor que quería que le cogiese.

Furio la cogió y la tenía en la mano, porque no sabía cómo ofrecérsela.

—Ánimo, sé cortés y pónmela aquí con gracia.

Y se volvió de lado, inclinando con mucha gracia la cabeza para que se la pusiese entre los cabellos. Furio se la puso.

—¡Dios mio!—gritó Iris espantada, después de haber dado algún otro paso—¿qué calle es esta?

Había puesto el pié sobre la orilla de un hoyo lleno de agua, y se había escurrido hácia adentro lo ménos un palmo. Con no pequeño esfuerzo sacó el pié chorreando agua. Entonces Furio se arrojó, y primero con el pañuelo, y luego con la yerba del paseo, comenzó á frotar la botina con calor desesperado.

—No, no, basta—decía Iris—basta, Furio, gracias, no te fatigues, estoy calada y es preciso que me vaya inmediatamente á mudar; déjalo, ya basta.

E iba retirando el pié que el muchacho había agarrado con fuerza por la garganta, como si fuera un anillo de hierro.

—¡Pero basta!—prorumpió Iris en un golpe de risa.

Furio se levantó encendido, sudando y glorio-

so, y en cuanto Iris se alejó, soltó la risa reprimida, se cogió un dedo entre los dientes, se restregó fuertemente las manos, golpeó con los piés el suelo, se rió nuevamente, y levantando los ojos al cielo, exclamó como trasportado por la alegría:

—¡Oh, Dios, Dios! ¡Qué feliz soy! ¡Nadie hay tan feliz como yo sobre la tierra!

XIII.

A Iris ni siquiera le había pasado por la mente que bajo aquella excesiva timidez del muchacho se escondiese alguna cosa, y no hay para qué maravillarse de ello. Creemos siempre á los muchachos más niños de lo que son. Y esto, porque ordinariamente viéndolos y tratándolos, no se tiene bien presente en la memoria el verdadero grado de inteligencia y de sensibilidad que nosotros teníamos á su edad. Si siempre estuviera presente, nos acordaríamos, por ejemplo, casi todos de que cuando niños, hemos oido hacer discursos en presencia nuestra, que nosotros ahora, en presencia de otros niños, no repetiríamos; y entonces los que los hacían, estaban firmemente persuadidos de que nosotros no los entendíamos; y en lugar de esto, los entendíamos lo mismo que ellos y hacíamos como si no los entendiéramos. La inteligencia de los niños vá más allá casi siempre que la perspicacia de los padres, ó de los

maestros, ó de cualquiera que tenga empeño de tenerles á oscuras sobre alguna cosa y por un cierto tiempo tan solo; las cautelas casi siempre vienen tarde; y entre que empiezan á comprender y se comienza á sospechar que realmente entienden, todos los niños son más ó menos hipócritas, y su hipocresía es tanto más fina y profunda, cuanto la curiosidad es más viva y más frecuentemente ilusoria.

Lo mismo pasa con los afectos.

¡Un muchacho de catorce años!... Quien se lo hubiera dicho á Iris, hubiera tenido por respuesta una risotada franca y sonora, de las que más hacían quedar con la boca abierta á su esclavito.